

individuo; aquí lo es la plaza pública, allí lo es la vida privada; aquí lo es la conciencia, allí lo es la opinión. Se podría asegurar que hay naciones que respiran por una sola de sus facultades, como hay enfermos que no respiran más que por un pulmón. El día en que esta respiración se les prive ó imposibilite, la nación y el enfermo morirán. Entre tanto viven, hasta el día que consigan la plena salud, es decir, la plena libertad. Algunas veces la libertad está en el clima; es la naturaleza quien la hace y quien la dá. Ir medio desnudo, con el gorro rojo en la cabeza, un harapo de lienzo por calzon y otro harapo de lana por capote; dejarse acariciar por el aire caliente, por el sol brillante, por el cielo azul, por el mar azul; acostarse á la puerta del palacio á la misma hora en que el rey se acuesta en la alcoba real, y dormir mejor fuera que el rey dentro; hacer lo que se quiere; existir casi sin trabajo, trabajar casi sin fatiga, cantar tarde y mañana, vivir como el pájaro, esta es la libertad del pueblo de Nápoles. Otras veces la libertad está en el carácter mismo de la nación; esto también es un don del cielo. Clavar los codos todo el día en una taberna, aspirar el mejor tabaco, sorber la mejor cerveza, beber el mejor vino, no quitarse la pipa de la boca más que para llevar á ella el vaso, y mientras tanto abrir cuan grandes son las alas del alma, evocar en el cerebro á los poetas y á los filósofos, remover los obstáculos que entorpecen el camino á la virtud, construir utopías, desarreglar el presente, arreglar el porvenir, forjarse despierto todos los bellos sueños que velan la fealdad de las realidades, olvidar y recordar á la vez, y vivir así, noble, grave, serio, el cuerpo nadando en el humo y el espíritu en las quimeras; esta es la libertad del alemán. El napolitano tiene la libertad material; el alemán tiene la libertad moral. La libertad del *lazzarone* ha formado á Rossini; la libertad del alemán ha formado á Hoffmann. Nosotros los franceses tenemos la libertad moral como el alemán y la libertad política como el inglés, pero no tenemos la libertad material. Nosotros somos esclavos del clima; nosotros somos esclavos del trabajo. Esa palabra dulce y seductora, *libre como el aire*, se puede decir hablando del *lazzarone*, pero no se puede usar refiriéndose á nosotros. No nos quejamos, sin embargo, pues la libertad material es la única sin la cual se puede pasar sin perder la dig-

nidad, y Francia puede prescindir de ella, porque al punto de iniciativa civilizadora á que ha llegado no basta que el individuo sea libre, sino que es preciso que sea digno. La parte que nos corresponde es elevada. Francia es tan noble como la noble Alemania, y tiene sobre Alemania el derecho de aplicar directamente la fuerza fecundante de su espíritu al mejoramiento de las realidades. Los alemanes tienen la libertad del desvarío; nosotros tenemos la libertad del pensamiento.

Pero para que el libre pensamiento sea contagioso, es preciso que los pueblos hayan sufrido largas preparaciones, mucho más divinas que humanas. Aun no se encuentran en este caso. El día en que lo estén, el pensamiento francés, madurado por todo lo que habrá visto y todo lo que habrá hecho, lejos de perder á los reyes, los salvará.

Esta es, por lo menos, nuestra convicción profunda.

¿A qué, pues, mortificar y reducir los límites de esa Francia, que será quizá en el porvenir la Providencia de las naciones?

A qué negarle lo que le pertenece?

Téngase presente que nosotros hemos tratado de buscar la solución pacífica de este problema; pero en rigor, ¿no habrá otra solución? En el platillo de la balanza donde se pesará un día la cuestión del Rhin hay ya un gran peso, el derecho innegable de Francia. ¿Será preciso arrojar también ese otro peso terrible, que es la cólera de Francia?

Nosotros somos de los que piensan firmemente y esperan que eso no sucederá.

No se olvide lo que es Francia.

Viena, Berlin, San Petersburgo, Londres, solamente son ciudades. Paris es un cerebro.

Desde hace veinticinco años, Francia, mutilada, no ha cesado de engrandecerse con esa grandeza que no distinguen los ojos de la carne, pero que es la más real de todas, la grandeza intelectual. Actualmente el espíritu francés vá sustituyendo poco á poco al alma vieja de cada nación.

Las más altas inteligencias que á la hora presente representan para el universo entero la política, la literatura, la ciencia y el arte, es Francia quien las tiene y las dá á la civilización.

Francia es hoy poderosa de otro modo, pero tanto como otras veces.

Que se la complazca, pues. Sobre todo que se reflexione en esto:

Europa no puede estar tranquila mientras Francia no esté satisfecha.

Y en fin, después de cuanto hemos dicho, ¿qué interés podría tener Europa en que Francia, inquieta, comprimida, sofocada en las fronteras que se le han señalado contra naturaleza, obligada á buscar una salida á la savia que hierve dentro de ella, se convirtiera forzosamente, en la imposibilidad de hacer otro papel, en una Roma de la civilización futura, debilitada materialmente, pero moralmente engrandecida; metrópoli de la humanidad, como la otra Roma lo es de la cristiandad, recuperando en influencia más de lo que la otra pierde en territorio, volviendo á hallar bajo otra forma la supremacía que le pertenece y que no se le arrebatará, reemplazando su vieja preponderancia militar por un formidable poder espiritual que hará palpar al mundo, vibrar las fibras de todos los hombres y temblar las tablas de todos los tronos; inviolable siempre por su espada, pero en adelante reina por su estirpe literaria, por su lengua universal en el siglo diez y nueve como el latín lo era en el siglo doce, por sus periódicos, por sus libros, por su iniciativa central, por las simpatías, secretas ó públicas, pero profundas, de las naciones; teniendo sus grandes escritores por Pontífices, ¡y qué Pontífice se puede igualar á un Pascal!; sus grandes sofistas por Antecristos, ¡y qué Antecristo se puede comparar á un Voltaire!; tan pronto resplandeciendo, tan pronto deslumbrando, tan pronto exaltando el continente con su prensa, como lo hacia Roma desde su púlpito; comprendida porque será escuchada, obedecida porque será creída, indestructible porque tendrá una raíz en el corazón de cada uno, deponiendo dinastías en nombre de la libertad, excomulgando á los reyes de la gran comunión humana, dictando Constituciones-evangelios, promulgando breves populares, lanzando ideas y fulminando revoluciones?

XVI.

Recapitulemos.

Hace doscientos años, dos Estados invasores oprimían la Europa.

En otros términos, dos egoismos amenazaban la civilización.

Estos dos Estados, estos dos egoismos, eran Turquía y España.

La Europa se defendió.

Estos dos Estados cayeron.

Hoy este fenómeno alarmante se ha reproducido.

Otros dos Estados, sentados sobre las mismas bases que los anteriores, fuertes con las mismas fuerzas y movidos de un mismo móvil, amenazan á Europa.

Estos dos Estados, estos dos egoismos, son Rusia é Inglaterra.

La Europa debe defenderse.

La antigua Europa, que tenia una construcción complicada, ha sido demolida; la Europa actual es de una forma más sencilla. Se compone esencialmente de la Francia y de la Alemania, doble centro en el cual debe apoyarse, tanto al Norte como al Mediodía, el grupo de las naciones.

La alianza de Francia y de Alemania es la constitución de Europa. Alemania apoyada en Francia detiene á Rusia; Francia amigablemente adherida á Alemania detiene á Inglaterra.

La desunión de Francia y de Alemania es la dislocación de Europa. Alemania, mirando hostilmente á Francia, deja entrar á Rusia; Francia, mirando hostilmente á Alemania, deja penetrar á Inglaterra.

Así, pues, lo que necesitan los dos Estados invasores es la desunión de Alemania y de Francia.

Esta desunión ha sido hábilmente preparada y combinada en 1815 por la política ruso-inglesa.

Esta política ha creado un motivo permanente de animosidad entre las dos naciones centrales.

Este motivo de animosidad es la donación hecha á Alemania de la orilla izquierda del Rhin. Esta orilla izquierda pertenece naturalmente á Francia.

Para que la presa fuese bien guardada se ha dado al más joven y al más fuerte de los pueblos alemanes, á Prusia.

El Congreso de Viena ha levantado fronteras en las naciones como armadura de lance ó de capricho, sin que ajusten las piezas unas con otras. La que ha puesto á la Francia oprimida, extenuada y vencida, ha sido una camisa de fuerza demasiado estrecha para ella, que la tortura y la hace sangrar.

Gracias á la política de Londres y de San Petersburgo, nosotros sentimos hace veinticinco años el hierro de Alemania clavado en la llaga de Francia.

De aquí ha nacido necesariamente entre los dos pueblos, creados para entenderse y amarse, una antipatía que podría convertirse en odio.

Mientras que las dos naciones centra-

les se temen, se observan y se amenazan, la Rusia toma incremento silenciosamente y la Inglaterra se extiende en la sombra.

El peligro crece de día en día. En las trincheras una zanja profunda se ha cavado. Las tinieblas quizás ocultan un gran incendio. El año último, gracias á Inglaterra, al fuego ha faltado poco para que incendiase á Europa.

¿Quién podría decir lo que sería de Europa en esta conflagración, llena como está de espíritus, cabezas y naciones combustibles?

La civilización perecería.

Ella no puede perecer. Es preciso que las dos naciones centrales se entiendan.

Felizmente, Francia y Alemania no son egoístas. Son dos pueblos sinceros, desinteresados y nobles, en otro tiempo naciones de caballeros, hoy naciones de pensadores: en otro tiempo grandes por la espada, hoy grandes por el espíritu.

Su presente no desmentirá su pasado; el espíritu no es menos generoso que la espada.

Hé aquí la solución: abolir todo motivo de odio entre los dos pueblos; cerrar la llaga abierta en nuestro flanco en 1815; borrar las huellas de una reacción violenta y volver á Francia lo que Dios le ha dado, la orilla izquierda del Rhin.

Para llegar á esta solución es menester vencer dos obstáculos.

Un obstáculo material: Prusia. Sin embargo, Prusia comprenderá pronto ó tarde que, para que un Estado sea fuerte, es preciso que todas sus partes estén perfectamente adheridas las unas á las otras; que la homogeneidad vivifica y la mutilación mata; que ella debe tender á formar el gran reino septentrional de Alemania; que ella necesita puertos libres, y que, por muy bello que sea el Rhin, vale más el Océano.

Además, á todo evento poseerá la orilla derecha del Rhin.

Un obstáculo moral: las desconfianzas que Francia inspira á los reyes de Europa y por consecuencia la necesidad aparente que hay de achicarla. Y no obstante, este es precisamente el peligro mayor. Achicar la Francia es irritarla, y Francia irritada es peligrosa. Tranquila, es empujada por el progreso; irritada, puede ser empujada por la revolución.

Los dos obstáculos se desvanecerán.

Cómo? Dios lo sabe, pero es lo cierto que se desvanecerán.

Dentro de un plazo dado, Francia

tendrá su parte del Rhin y sus fronteras naturales.

Esta solución constituirá á la Europa, salvará la sociabilidad humana y fundará la paz definitiva.

Todos los pueblos ganarán en ello. España, por ejemplo, que es hoy una ruina ilustre, podrá volver á ser poderosa. Inglaterra querrá hacer de España el mercado de sus productos, el punto de apoyo de su navegación, y Francia querrá hacerla la hermana de su influencia, de su política y de su civilización. A España le corresponderá elegir: ó continuar bajando ó principiar á volver á subir: ó ser un anejo de Gibraltar ó el contrafuerte de Francia.

España optará por su engrandecimiento.

Tal es, según nosotros, para todo el continente el inevitable porvenir, ya visible y distinto en el crepúsculo de las cosas futuras.

Una vez haya desaparecido el motivo de odio, ningún pueblo tiene que temer por Europa. Que Alemania erice su melena y lance su rugido hácia el Oriente; que Francia abra sus alas y despida sus rayos hácia el Occidente. Ante el formidable acuerdo del león y del águila, el mundo obedecerá.

XVII.

Entiéndase bien nuestro pensamiento: nosotros creemos que la Europa debe á todo evento vigilar las revoluciones y fortificarse contra las guerras; pero también pensamos que si no viene á turbar la marcha majestuosa del siglo diez y nueve algún incidente que esté fuera de las previsiones naturales, la civilización, ya salvada de tantos escollos y peligros, irá alejándose más y más cada día de ese Caribdis que se llama guerra y de esa Scyla que se llama revolución.

Utopía; sea. Pero no se olvide que cuando éstas caminan al mismo fin que la humanidad, es decir, hácia lo bueno, lo justo y lo verdadero, las utopías de un siglo son los hechos del siglo siguiente. Hay hombres que dicen: *Esto será*; y hay otros que dicen: *Hé aquí cómo*. La paz perpétua ha sido un sueño hasta el día que el sueño se ha hecho camino de hierro y ha cubierto la tierra de una red sólida, tenaz y viviente. Watt es el complemento del abad de Saint-Pierre.

Antiguamente, á todas las palabras de los filósofos se exclamaba: *Sueños y quimeras que se convertirán en humo*. No

nos riamos del humo; él es el que conduce el mundo.

Para que la paz perpétua fuese posible y la teoría se trocase en realidad, eran necesarias dos cosas: un vehículo para el servicio rápido de los intereses y un vehículo para el cambio rápido de las ideas; en otros términos, un medio de transporte uniforme, unitario y soberano y una lengua general. Estos dos vehículos, que tienden á borrar las fronteras de los imperios y de las inteligencias, los tiene hoy el universo; el primero es el camino de hierro, el segundo es la lengua francesa.

Tales son en el siglo diez y nueve, para todos los pueblos que están en vía de progreso, los dos medios de comunicación; es decir, de civilización; es decir, de paz. Se vá en wagon y se habla francés.

El camino de hierro reina por la omnipotencia de su rapidez; la lengua francesa por su claridad, que es la rapidez de una lengua, y por la supremacía secular de su literatura.

Detalle notable que apenas será creíble en el porvenir y que es imposible dejar de señalarlo: de todos los pueblos y todos los gobiernos que se sirven hoy de estos dos admirables medios de comunicación y de cambio, el gobierno de Francia es el que al parecer ha tenido en menos su eficacia. A la hora presente, Francia apenas tiene algunas leguas de camino de hierro. En 1837 se le dió un pequeño rail-way como se dá un juguete á ese gran niño que se llama París, y durante cuatro años no se ha adelantado un paso. En cuanto á la lengua francesa, en cuanto á la literatura francesa, ésta brilla y resplandece para todos los gobiernos y todas las naciones, excepto para el gobierno francés. Francia ha tenido y Francia tiene aun la primera literatura del mundo. Hoy mismo, no nos cansaremos de repetirlo, nuestra literatura no es solamente la primera, sino que es la única. Todo pensamiento que no sea el suyo está apagado: ella está hoy más viva y más vivaz que nunca. El gobierno actual parece ignorarlo y obra en este sentido, y esto es, nosotros se lo decimos con profunda benevolencia y sincera simpatía, una de las más grandes faltas que ha cometido desde hace once años. Tiempo es que se preocupe, y se preocupe seriamente, de las nuevas generaciones, que son literarias hoy, como eran militares en la época del Imperio. Ellas se presentan sin cólera, porque vienen llenas de pensamientos; ellas se presentan

con la luz en la mano; pero téngase presente, pues ya lo hemos dicho otra vez y en otros términos, que lo que puede iluminar puede también incendiar. Acójaseles y déseles su lugar. El arte es un poder, la literatura es una potencia. Es preciso, pues, respetar lo que tiene de poder y gobernar lo que tiene de potencia.

Insistamos en lo dicho. Según nuestro modo de pensar, si el porvenir realiza lo que esperamos, los motivos que provocan las guerras y las revoluciones irán disminuyendo de día en día. A nuestro modo de ver, ellos no desaparecerán por completo nunca. La paz universal es una hipérbola cuya asíntota sigue el género humano.

Seguir esa radiante asíntota, hé aquí la ley de la humanidad. En el siglo diez y nueve todas las naciones marchan y marcharán por ella, inclusa Rusia é inclusa Inglaterra.

Nosotros, si la Europa central se constituyese, como hemos indicado más arriba, nosotros somos de los que veríamos sin celos y sin inquietud á Rusia, que el Cáucaso detiene por ahora, dar la vuelta al mar Negro; y, como en otro tiempo los turcos, esos otros hombres del Norte, llegar á Constantinopla por el Asia Menor. Lo tenemos dicho; Rusia es mala para Europa y buena para el Asia. Para nosotros es oscura, para el Asia es luminosa; para nosotros es bárbara, para el Asia es cristiana. Sus pueblos no están todos alumbrados por el mismo grado y de la misma manera; la noche se extiende por Asia y el día se dibuja en Europa. Rusia es una lámpara.

Que se vuelva hácia el Asia, que esparza en ella la claridad que tiene, y el imperio otomano derrumbado, gran hecho providencial que salvará la civilización, que entre en Europa por Constantinopla. Francia, restablecida en su grandeza, verá con simpatía la cruz griega reemplazar á la media luna en la vieja cúpula bizantina de Santa Sofía. Después de los turcos, los rusos: esto es un paso.

Nosotros creemos que el noble y piadoso emperador que conduce, en el momento en que escribimos estas líneas, tantos millones de habitantes hácia tan bellos destinos, es digno de dar este gran paso; nosotros deseamos sinceramente que lo dé. Pero tenga presente que el trato cruel que se le ha dado á Polonia quizá sea un obstáculo á su pueblo en el presente y una objeción á su gloria ante la posteridad. El grito de Grecia

ha sublevado á la Europa contra la Turquía. Sépalo el imperio. El Palatinado deslució á Turena. Sépalo el emperador.

Cuando se fija uno en el papel que desempeña Inglaterra en los negocios universales y en particular en la guerra, tan pronto sorda, tan pronto flagrante, pero en todos casos perpétua, que hace á Francia, es imposible no pensar en ese viejo espíritu púnico que tanto tiempo luchó con la antigua civilización. El espíritu púnico es el espíritu de mercancía, de aventuras, de navegación, de lucro, de egoísmo, y despues es otra cosa más el espíritu púnico. La historia le vé asomar por el fondo del Mediterráneo en Fenicia, Tiro y Sidón. A Grecia le es antipático y lo arrojó. Pero él bordea la costa de Africa y funda á Cartago, desde cuyo punto acecha la ocasion de pasar á Italia. Scipion lo combate, triunfa y cree haberlo destruido. Error! El talón del cónsul no ha deshecho más que las murallas; el espíritu púnico ha sobrevivido. Cartago no ha muerto. Hace dos mil años que se arrastra alrededor de Europa. Por de pronto se instaló en España, donde parece que encontró registrando su memoria el recuerdo fenicio del mundo perdido; despues fué á buscar América á través de los mares y se apoderó de ella; nosotros hemos visto cómo, y hecha fuerte en la Península española, tuvo un momento dominado el mundo entero. La Providencia le hizo soltar la presa. Sin embargo, ha pasado á Inglaterra, y de nuevo envuelve hoy el mundo, le tiene en sus manos y amenaza á Europa. Ahora bien; si Cartago ha cambiado de sitio, Roma también. Cartago, como en otro tiempo, lo ha encontrado frente por frente de ella en la orilla opuesta. En otra época Roma se llamaba *Urbs*, vigilaba el Mediterráneo y miraba al Africa; hoy Roma se llama Paris, vigila el Océano y mira á Inglaterra.

Este antagonismo de Francia é Inglaterra es tan patente, que todas las naciones lo reconocen. Acabamos de representarle por Cartago y Roma; otros lo han expresado de diferente modo, pero siempre de una manera clara y hasta en ciertas ocasiones visible. *Inglaterra es el gato, decia el gran Federico; Francia es el perro. En derecho*, dijo el legista Howard, *los ingleses son judíos, los franceses cristianos*. Los mismos salvajes parecen sentir vagamente esta profunda antítesis de las dos grandes naciones cultas. *Cristo*, dicen los indios de América, era

un francés que los ingleses crucificaron en Lóndres y Poncio Pilatos un oficial al servicio de Inglaterra.

Esto dicho, nuestra fé en el inevitable porvenir es tan religiosa, tenemos por la humanidad tan altas ambiciones y tan firmes esperanzas, que, en nuestra convicción, Dios no puede menos de destruir un dia, en lo que tiene de pernicioso al menos, ese antagonismo de los dos pueblos, tan radical como parece y como es.

Infaliblemente, ó Inglaterra perecerá bajo la reacción formidable del universo, ó comprenderá que el tiempo de los Cartagineses ha pasado para no volver. Nosotros creemos que lo comprenderá. Aunque no sea apreciada más que bajo el punto de vista de la especulación, la fé púnica es una mala enseña; la perfidia es un prospecto repulsivo. Traficar constantemente con la humanidad entera es peligroso; tener siempre un mismo viento en su vela, su interés propio, es triste; ir siempre á ayudar al fuerte contra el débil, es cobarde; burlarse sin cesar de lo que se llama la *política sentimental* y no conceder nunca nada al honor, á la gloria, al desinterés, á la simpatía, al mejoramiento de la suerte de los demás, es un pequeño papel para que lo desempeñe un gran pueblo. Inglaterra lo sentirá.

Las islas han sido hechas para servir á los continentes, no para dominarlos; los navíos han sido hechos para servir á las ciudades, que son la primera obra maestra del hombre, y los navíos son la segunda. El mar es un camino, no una patria. La navegación es un medio, no un fin; sobre todo no es el propio fin de sí misma. Si la navegación no ha de servir para llevar la civilización, ¡que el Océano la trague!

Es necesario que la red de las innumerables estelas de todas las marinas se una y se confunda perpétuamente con la red de todos los caminos de hierro, para continuar por el Océano la inmensa circulación de los intereses, de los perfeccionamientos y de las ideas; es preciso que por estas mil venas se esparza la sociabilidad europea á los extremos de la tierra; si Inglaterra pretende y quiere tener la primera de las marinas y se desea que Francia tenga la segunda, sea enhorabuena. De esta manera Inglaterra seguirá su ley, siguiendo al par la ley general. De esta manera el principio vivificante del globo será representado por tres naciones: Inglaterra, que tendrá la actividad comercial; Alemania, que ten-

drá la expansión moral, y Francia, que tendrá el resplandor intelectual.

Como se vé, nuestro pensamiento no excluye á nadie. La Providencia no maldice ni deshereda á ningun pueblo. Nosotros abrigamos la convicción de que las naciones que pierden el porvenir, lo pierden por culpa suya.

En adelante, iluminar las naciones que permanecen en la oscuridad será el trabajo de las naciones esplendorosas. Completar la educación del género humano es la misión de Europa.

Cada uno de los pueblos europeos deberá contribuir á esta santa y grande obra en la proporción de la luz que tenga. Cada uno deberá ponerse en relación con la porción de la humanidad sobre la cual pueda obrar. Todos no son á propósito para todo.

Francia, por ejemplo, colonizaria mal, y si se lo propusiese saldria bien de su empresa, pero con mucha fatiga. La civilización completa, delicada y pensativa á la vez, humana en todo, y por decirlo así, hasta el exceso, no tiene absolutamente ningun punto de contacto con el estado salvaje. ¡Cosa extraña y sin embargo muy verdadera! Lo que le falta á Francia en Argel es un poco de barbarie. Los turcos iban más aprisa, con más seguridad y más lejos, porque sabian cortar mejor cabezas.

La primera cosa que hiere al salvaje no es la razón, es la fuerza.

Lo que falta á Francia lo tiene Inglaterra, como asimismo Rusia.

Estas convienen para el primer trabajo de la civilización; Francia para el segundo. La enseñanza de los pueblos tiene dos grados, la colonización y la civilización. Inglaterra y Rusia colonizarán el mundo bárbaro; Francia civilizará el mundo colonizado.

XVIII.

Al terminar, permítasenos hacer una ligera digresión para dar cabida á una reflexión que será la última y que no tendrá otro objeto que señalar el punto de vista especial que nos hemos trazado concienzudamente para hacer este trabajo. Por grandes y nobles que sean las ideas que forman las nacionalidades y agrupan los continentes, aun despues de haberlas estudiado una por una, se siente la necesidad de elevarse todavía más alto y abordar alguna de esas leyes generales de la humanidad, que regulan lo mismo el mundo moral que el mate-

rial, y que fecundizan, sobreponiéndose á todo, las ideas nacionales y continentales.

Nada de lo que vamos á decir desmiente ni invalida, antes al contrario, corrobora lo que acabamos de manifestar en las páginas anteriores. Son únicamente dos líneas, las cuales, antes de terminar, serán el último consejo que se puede dirigir, lo mismo á los hombres aficionados á los estudios especulativos que á los hombres prácticos. Remontándonos de idea en idea, hemos llegado á la cúspide de nuestro pensamiento; ahora, antes de bajar, echemos una mirada al horizonte que se extiende ante nuestros ojos. Nada más.

En otro tiempo, cuando existian las sociedades antiguas, el Mediodía gobernaba el mundo y el Norte lo revolucionaba; del mismo modo en su orden de hechos diferente, pero paralelo, la aristocracia, rica, brillante y feliz, dirigía las riendas del Estado; y la democracia, pobre, sombría y miserable, la perturbaba. Por diversas que sean en la apariencia, al primer golpe de vista, la historia exterior de las naciones desde hace tres mil años, en el fondo de esas dos historias no hay más que un solo hecho; la lucha de la miseria con el bienestar. En ciertas circunstancias los pueblos mal situados alteran el orden europeo y las clases mal atendidas alteran el orden social. Unas veces la Europa, otras el Estado, son brusca y violentamente atacados, la Europa por los que tienen frío, el Estado por los que tienen hambre; es decir, la una por el Norte y el otro por el pueblo. El Norte procede por invasiones y el pueblo por revoluciones. De aquí resulta que en ciertas épocas la civilización se hunde y desaparece momentáneamente bajo las espantosas irrupciones de los bárbaros, lo mismo de los que vienen de fuera que de los de dentro; los unos corren hácia el Mediodía del fondo del continente, los otros suben al poder desde lo más bajo de la sociedad. Los intervalos que separan esas grandes y, digámoslo, esas fecundas aunque dolorosas catástrofes, no son otra cosa que la medida de la paciencia humana marcada por la Providencia en la historia. Son cifras colocadas allí para ayudar á la solución de este sombrío problema. ¿Cuánto tiempo puede soportar el frío una parte de la humanidad? ¿Cuánto tiempo puede soportar el hambre una parte de la sociedad?

Hoy, sin embargo, parece que se ha

revelado una ley nueva, que data, para el primer orden de hechos, desde la decadencia de la monarquía española, y para el segundo, desde la transformación de la monarquía francesa. Se diría que la Providencia, que tiende sin cesar al equilibrio y que corrige por reducciones continuadas las oscilaciones demasiado violentas de la humanidad, quiere poco á poco apartar las regiones extremas en la Europa y á las clases extremas en el Estado de ese extraño derecho de ejecución que se habían arrogado hasta aquí, las unas para tiranizar y para excluir y las otras para agitar y para destruir. El gobierno del mundo parece que pertenecerá de hoy en adelante á las regiones templadas y á las clases medias. Carlos V ha sido el último gran representante de la dominación meridional, como Luis XIV ha sido el último gran representante de la monarquía exclusiva. No obstante, aunque el Mediodía no reina ya en Europa, aunque la aristocracia no reina ya en la sociedad, no olvidemos que las clases medias y las naciones intermediarias no pueden conservar el poder sino con la condición de

que han de ensanchar las vías que á él conducen. Masas inmensas dormitan y sufren en las regiones extremas, y esperan, por decirlo así, que les llegue su vez. El Norte y el pueblo son los receptáculos de la humanidad. Ayudémosles á que se esparzan tranquilamente por los lugares, las cosas y las ideas que deben fecundizar. No dejemos que se desborden. Ofrezcamos, pues así lo aconseja la prudencia y el deber, una desembocadura ancha y pacífica á las naciones mal situadas hácia las zonas favorecidas por el sol y á las clases desheredadas hácia los goces sociales. Suprimamos el malestar por todas partes. Eso será suprimir los orígenes de las guerras en el continente y los orígenes de las revoluciones en el Estado. Para la política interior como para la política exterior, para las naciones entre sí como para las clases en el país, para la Europa como para la sociedad, el secreto de la paz existe quizá en una sola frase: dar al Norte su parte de Mediodía y al pueblo su parte de poder.

Paris, Julio de 1841.

A. Cantu Jauriqui

FIN

ÍNDICE

MISCELÁNEA DE LITERATURA Y DE FILOSOFÍA		Páginas	
PRIMERA PARTE.			
Diario de las ideas, de las opiniones y de las lecturas de un joven jacobino de 1819.		Libro I.—Shakespeare.—Su vida..	91
		Libro II.—Los géneos.	99
		Libro III.—El arte y la ciencia.	117
		Libro IV.—El antiguo Shakespeare.	124
		Libro V.—Las almas..	136
SEGUNDA PARTE.			
		Libro I.—Shakespeare.—Su géneo.	141
		Libro II.—Shakespeare.—Su obra.—Los puntos culminantes.	142
		Libro III.—Tan eterno es Zollo como Homero.	157
		Libro IV.—Crítica.	162
		Libro V.—Los ingenios y las masas.	167
		Libro VI.—Lo bello al servicio de lo verdadero.	171
TERCERA PARTE.			
		Libro I.—Después de la muerte.—Shakespeare.—Inglaterra	179
		Libro II.—El siglo diez y nueve.	186
		Libro III.—La historia real.—Cada uno debe ocupar su sitio.	189
ANTES DEL DESTIERRO: 1841 Á 1851.			
		El derecho y la ley.	201
		Prefacio..	201
Academia francesa: 1841 á 1844.			
		Discurso de recepción.	217
		Contestacion de M. Victor Hugo, director de la Academia francesa, al discurso de Saint-Marc Girardin.	228
		Contestacion de M. Victor Hugo, director de la Academia francesa, al discurso de M. Saint-Beuve.	232
Cámara de los Pares: 1845 á 1848.			
		La Polonia	241
		Consolidacion y defensa del litoral.	244
		La familia Bonaparte.	249
		El Papa Pio IX.	252
Reuniones electorales: 1848 á 1849.			
		Carta á los electores.	257
		Plantacion del árbol de la libertad en la plaza de los Vosgos.	257
		Reunion de autores dramáticos.	258
		Victor Hugo á sus conciudadanos.	259
		Sesion de las cinco asociaciones del arte y de la industria.	260
		Junta de las asociaciones después de terminado el mandato.	266
GUILLERMO SHAKESPEARE.			
		Dedicatoria.	89
		Prefacio..	89